

## UN NUEVO FACTOR: EL PUEBLO

Hasta fines del pasado siglo, la política constituía un ejercicio distinguido, privilegio de un escaso número de hombres, que poseyendo el dominio económico y el mejor acceso a la cultura, administraban el país como quien dispone de algo propio. Esta actitud no nacía de un espíritu preconcebido de exclusivismo, sino que era el natural resultado de las condiciones reales de la vida chilena.

Los hechos obligarían muy pronto a encarar una situación muy diversa, pues las necesidades y exigencias de las masas iban a constituir la principal de las preocupaciones del Estado. Ya habían pasado los tiempos en que se discutía y resolvía el destino de un pueblo en el espacio elegante de un salón. El debate iba a adquirir la densidad y la violencia de la calle.

Progresivamente aparece y se consolida la influencia de una naciente clase media y de un proletariado industrial que, después de una corta e intensa lucha social, irrumpe desordenadamente en la primera Presidencia de Alessandri, que le da la primera intervención en el poder y permite al obrero participar en la discusión de sus problemas. Después, a pesar de muchos vaivenes, esta intervención se consolida.

Si hay un rasgo que puede definir esta época, es la influencia que adquieren estos nuevos grupos sociales en la vida activa de los partidos y en los organismos del Estado.

Es bien difícil, aún para objetivos de mera clasificación, hacer estos cortes entre dos épocas de la historia; pero en la medida en que puede sistematizarse sin caer en simplismos esquemáticos, se puede decir que la sociedad chilena pasa de una manera casi violenta desde una forma caracterizada por una dirección restringida y una masa amorfa y obediente, sin ideas y sin ambiciones, a un súbito despertar de una opinión pública en que la clase media y, después, el pueblo, reclaman una participación cada vez más importante.

Tímidamente había venido insinuándose desde los tiempos de Montt; pero, siguiendo las líneas de una evolución social que experimentaban todos los pueblos europeos, que tan de cerca han influido nuestra mentalidad y formas de acción política, ella tenía apenas un sentido patronal o mutualista.

Desde el año 1847, en que se organiza la Sociedad de Artesanos, comienza a desenvolverse y a crecer el movimiento mutualista, que aún hoy cuenta con más de cien mil afiliados.

En cierta forma, el Partido Demócrata, que nació el año 1887, fué expresión de este movimiento.

Sin embargo, no es posible considerar que este Partido marque una etapa en el desenvolvimiento de la vida política chilena, porque no ha significado una posición capaz de influir seriamente en los acontecimientos. Formado por lo que pudiéramos llamar los artesanos o sectores de pequeña clase media, no tiene el vigor ni el empuje del proletariado, y, ajeno a los elementos que controlan el capital y a la antigua aristocracia social, sólo ha servido de relleno en diferentes combinaciones. Este partido, reflejo de fuerzas sociales intrascendentes, moderado en su tono, responde a una mentalidad patronatista, que se traduce en centros sociales de recreación familiar, o funciones de ayuda mutua,

actividades sin duda loables, pero que carecen de toda importancia cuando actúan otros tipos de fuerzas movidas por intereses, pasiones o ideas tanto más poderosas.

Tal vez su desenvolvimiento sirva de ejemplo concluyente de cuán perturbadora es la acción de un partido si éste no responde a una concepción clara de lo que es una misión política, si no tiene un sistema de ideas que lo informe, lo que es causa de esterilidad y oportunismo, cuando no de corrupción.

Las faenas mineras y una incipiente industrialización, dieron origen a núcleos urbanos o mineros, en que los problemas de clase adquieren gran desarrollo y la acción universitaria fué formando núcleos de profesionales venidos de capas modestas de provincias, que comenzaron a ocupar los cargos de una burocracia que pronto iba a tener la sensación de su fuerza y adquirir verdadero poder e influencia.

Esta clase media es la que realmente ha dirigido el movimiento popular, proporcionándole ideas, hombres y elementos, porque recién ahora han surgido en los cuadros sindicales, y en algunos partidos, obreros capaces de sostener por sí mismos su propia causa.

Por desgracia, nuestra clase media ha carecido de consistencia económica y social. La permanencia de un régimen agrícola semifeudal no nos ha dado una fuerte, numerosa y estable categoría de pequeños propietarios independientes, que vivan de su esfuerzo en su propia tierra. La naturaleza de nuestras faenas mineras y la inversión de capitales extranjeros y la progresiva concentración industrial que se opera aquí como en el mundo entero, va proletarizando al empleado, que cada día adquiere una conciencia más clara de que su verdadera situación es ser un asalariado más, muchas veces inferior en importancia al obrero calificado, que es elemento indispensable en la industria moderna. Por otra parte, la sucesiva desvalorización de la moneda, ha destruído toda posibilidad para esa pequeña economía fundada en el ahorro y la técnica; ha hecho desaparecer pro-

gresivamente al pequeño artesano o industrial, ya que el producto standardizado, elaborado en gran escala y a bajo costo, exige la concentración. Otras clases medias más pujantes que la nuestra, están sufriendo hoy una crisis parecida y, en cierto modo, más aguda.

Pero la verdad es que es aún necesario preguntarse si nosotros hemos tenido alguna vez lo que pudiéramos llamar una clase media con conciencia de tal, con una tradición y con cierto significado. Porque esta clase en Chile ha sido más bien de tránsito y ha carecido de personalidad propia, estaba formada por los elementos desplazados de la clase alta por la pobreza y que viven añorando su antigua posición o por los que, proviniendo de medios modestos, pretenden llegar, y rápidamente, hasta una situación de privilegio.

No tiene ella una tradición cultural y republicana que sostener, como la burguesía francesa ante la antigua nobleza monárquica. Es más cuestión de dinero para lucir y llegar a pertenecer de cualquier manera a la clase dirigente, la que, por lo demás, ha sido, generosa para recibir a quienes han hecho fortuna.

En el orden político, esta clase media que ha significado una etapa en nuestra evolución, nos deja hasta ahora un pobre recuerdo.

En general, se ha notado entre sus tipos más frecuentes, carencia de doctrina y categoría moral, lo que es causa de un arribismo que, cuando la oportunidad se presenta, ha reemplazado antiguos resentimientos, los que al descubrirse, han revelado más envidia que amor por la justicia social.

En los años posteriores hemos visto el fracaso de esta clase en su función histórica: ha sido incapaz en el proceso técnico y ambiciosa más de situaciones burocráticas, que de grandes concepciones o aún de moderadas realizaciones. No supo ni ha sabido encauzar al pueblo, el cual le ha prestado su concurso, y su acción se ha traducido sólo en ventajas para algunos escasos grupos, mediocres de ideas y de

moral, que han desilusionado a los que de ellos esperaron.

Sin embargo, al margen de este hecho y de su juicio, por las condiciones del país que separan al obrero del empleado, existe en Chile una forma de clase media, que se define por su nombre y que no corresponde a la burguesía.

Esta clase media, ha progresado en su cultura y ha dado miles de hombres modestos y formado una verdadera textura intelectual, que no ha sido la expresión de su clase; pero que ha sostenido mucho de lo bueno que tiene Chile, en sus reservas familiares, en su espíritu de trabajo, en su organización y en su criterio político.

Esta clase media inexpresada, que vive en la modestia silenciosa de las provincias, es una rica materia prima que podía orientarse hacia la creación y no hacia el empobrecimiento burocrático, que cada día la empequeñece más, limitándola en sus posibilidades.

La parte que le haya cabido a nuestra enseñanza en estas deficiencias de la clase media chilena por no haberle dado una cultura más profunda y una contextura moral más sólida, en lugar de superficial instrucción, merecería ser analizada.

En todo caso, cuando se iniciaba el siglo, este proceso de proletarización no se advertía y, por el contrario, los profesores de liceos, los profesionales de provincia, los que se rebelaban ante un estado social en que un grupo pequeño tenía la cultura, el poder y la riqueza, buscaron el medio de expresarse políticamente y no pudiendo encontrarlo en el liberalismo, se "radicalizaron" e hicieron de la democracia su bandera: la alta burguesía o la antigua nobleza, hablaba en el mundo de libertad, pero restringida; después vino la pequeña burguesía y habló más de igualdad que de libertad; más tarde ha de llegar el pueblo a pedir no sólo igualdad en el voto, sino en la repartición económica. Triple y universal proceso.

Así, nuestra clase media, respaldada por las generaciones que producía el liceo, organizada en las logias masónicas

que le permitían buscar un camino económico y político y la orientaban en su lucha contra la Iglesia, buscó a través del Estado y de su administración el poder que no tenía en la propiedad agrícola o en el prestigio tradicional. Lentamente fué concretando una pequeña filosofía social, que se tradujo en un moderado socialismo estatista.

El radicalismo romántico de los Matta y de los Gallo, liberal con Mac Iver, debe ceder ante el empuje de este conglomerado social, cuya expresión más clara se alcanza con Valentín Letelier en la Convención de 1906, donde se puede observar el ocaso de Mac Iver y el triunfo de la nueva corriente, que, con el transcurso de los años, debía llegar a tener decisiva influencia en los destinos de Chile.

Esta clase media fué la médula del movimiento de la Alianza Liberal y de la Federación de Estudiantes y la que, en definitiva, dió el primer triunfo electoral de masas en la campaña de 1920. Constituyó el apoyo político y administrativo de esa Presidencia, como lo fué también, y en forma mucho más destacada, de los gobiernos de períodos posteriores.

Tras la clase media comienza a evidenciarse también el pueblo. Es curioso anotar hasta qué punto la política chilena se desenvuelve dentro de ciertas normas que podríamos llamar europeas. No han cabido aquí las divisiones personalistas que caracterizan a la Argentina, ni nada semejante al fenómeno mejicano, tan extraordinariamente típico, ni aún al de Uruguay, democracia tan perfecta, dividida entre Blancos y Colorados. *...y hoy?*

El ritmo de nuestras preocupaciones tiene, guardando las debidas proporciones, una extraña semejanza al cuadro francés.

Los oradores parlamentarios vivieron en el siglo XIX los grandes temas alrededor del liberalismo de la Revolución Francesa.

Los radicales, por su parte, han seguido un proceso muy igual a sus similares franceses: cumplida su as-

piración laicizante, fluctúan en torno a un intervencionismo del Estado, que no puede darles ni un cuerpo doctrinario, ni tema capaz de sostenerlos. Son liberales o socialistas o un tímido injerto de ambos. Llegaron a dirigir la pequeña clase media para ver pronto cómo el socialismo y el comunismo los despojaban de su posición de avanzada. Unidos a ellos en el Frente Popular, no pierden sus contactos con la Derecha, mientras sus hombres más representativos van perdiendo su prestigio ante la opinión pública en la medida que son puestos a prueba en las tareas de Gobierno.

Igual o semejante proceso sufren los socialistas, que buscan en un tipo de humanismo una ecuación espiritual, mientras sienten la amenaza del férreo y militante comunismo.

En las filas católicas se reproduce la vieja querrela de conservadores y demócratas cristianos, que va separándolos de manera cada vez más honda y definitiva.

Una trayectoria semejante podemos observar en el campo social desde la aparición de las primeras mutualidades, seguidas después por las sociedades de resistencia y por los sindicatos que se polarizan en una central dominada por socialistas y comunistas.

Es digno de anotarse cómo surgen en Chile las luchas de carácter propiamente social.

En las naciones europeas y en los Estados Unidos, los conflictos se desarrollan durante todo el curso del pasado siglo: revoluciones como la del año 1848 y, después, lo que se llamó el socialismo científico y el vasto movimiento sindical apoyado por diversos partidos políticos, que culmina en la Primera Conferencia Internacional de Berlín, para tratar los problemas del Trabajo, el año 1891.

Es éste un largo y maduro proceso en que participan grupos intelectuales, organizaciones políticas y masas obreras entrenadas en la resistencia y en la huelga.

Muy distinto es el caso chileno. El problema social, propiamente tal no había adquirido importancia ni influencia

en la vida política. Cuando estallan las primeras huelgas, reveladoras de intranquilidad y malestar en las clases trabajadoras, no encontramos precedentes que nos expliquen el hecho, porque si revisamos la prensa, los debates parlamentarios o los temas de las Convenciones de los partidos, parece que el problema no existiera. Esto revela, que, bajo las apariencias de una vida social sin inquietudes, había crecido un sordo clamor entre las capas populares que habían adquirido conciencia de su poder y de su miseria. Así también se explica que las primeras manifestaciones de la lucha social sean, en ese período, mucho más violentas e incontroladas. Es necesario meditar cómo se han transformado la naturaleza y la forma de estos conflictos, a medida que la ley ha dado a éstos y a las organizaciones sindicales un procedimiento jurídico, cuyo ejercicio educa a las partes en pugna y las incorpora a un mecanismo pacífico con manifiesta ventaja para la convivencia civil.

Las primeras manifestaciones de esta lucha fueron una serie de huelgas sangrientas que han ido jalonando la historia del Movimiento obrero.

El 12 de Mayo de 1903 estallaba en Valparaíso una huelga, que venía a poner la primera nota de alarma en una sociedad que ignoraba este tipo de problemas.

“Cuando las necesidades sociales reclamaban medidas urgentes con el objeto de mejorar la condición de la clase desvalida y cuando la Hacienda Pública exigía que en vez de gastar sin previsión ni criterio las rentas del salitre en los gastos ordinarios de la Nación, se prepara la conversión metálica con abundantes reservas de oro y con el establecimiento de contribuciones directas que sirvieran de sólida base a los presupuestos anuales, senadores y diputados se ocupaban en nombrar y deshacer Ministerios, satisfaciendo de este modo el amor propio de muchos, los intereses personales de algunos, y la ambición y envidia de no pocos”.

“Entretanto, el descontento popular empezaba a germinar

“ en las clases populares y debía producir tremendos estragos”. (1).

Los obreros de la Cía. Inglesa de Vapores y de la Sud-Americana de Vapores pidieron un aumento de salarios, el cual fué rechazado por las Compañías. El Gobierno no quiso intervenir y el Intendente declaró “que la autoridad no podía mezclarse en los conflictos de esta clase”. Se produjeron en esa ocasión graves desórdenes, diversos casos de saqueo y fué incendiado el edificio de la Cía. Sud-Americana de Vapores. La intervención militar reprimió estos hechos, muriendo treinta hombres y quedando más de doscientos heridos.

Dos años después, en Octubre de 1905, se celebraba en Santiago una asamblea para protestar por un impuesto que gravaba la internación del ganado argentino, el que, por encarecer la vida, era muy impopular. La concentración fué grandiosa y como las tropas no estaban en Santiago, hubo gran temor de asaltos a la propiedad, que no se produjeron, manteniéndose, sin embargo, un clima de agitación. Llamadas a intervenir las tropas, la represión fué en extremo dura, muriendo varias decenas de manifestantes y quedando numerosos heridos. Esta fué la llamada “Semana Roja”.

El 6 de Febrero de 1906, se producía un movimiento en la ciudad de Antofagasta, que debió ser también reprimido por la fuerza, y en el año 1907, estallaba en Iquique el peor de los conflictos. Profundamente convulsionada la Pampa, bajaron a Iquique miles de obreros, que recorrieron tumultuosamente la ciudad. Habían planteado tres peticiones, que hoy parece insensato no haber acogido y que revelan las condiciones de vida de esos hombres. Ellas eran:

1ª.—Pago de los jornales al tipo de cambio de 18 d.

Esta petición tenía su origen en que las sucesivas desvalorizaciones de la moneda, que en la práctica habían signi-

---

(1) Domingo Amunátegui Solar.—*La Democracia en Chile*.

ficado disminuir los salarios a menos de la mitad de su valor.

2ª.—Libre entrada de los comerciantes a todos los campamentos.

Petición fundada en el hecho de que las pulperías constituían un monopolio verdaderamente abusivo, gracias al cual se recuperaban, por las compañías salitreras, los salarios pagados.

3ª.—Defensa de los cachuchos con rejas de fierro, a fin de impedir que los obreros cayeran en ellos.

Una gran parte de los obreros que bajaron al puerto manifestaron su deseo de regresar al Sur, porque no deseaban trabajar en las condiciones imperantes en la zona salitrera.

El Gobierno estimó que este conflicto no podía resolverse bajo "la presión de la fuerza" y envió a solucionarlo al general Silva Renard, quien actuó desde el primer momento con la decisión de reprimir el movimiento, a pesar de que el Intendente Eastman parecía no tener igual criterio.

Miles de obreros se ubicaron en Iquique en algunos galpones, pero la mayor parte de ellos fueron enviados por las autoridades al local de la Escuela Santa María y plaza adyacente. Es de advertir que durante este conflicto no hubo un solo acto de violencia y que se constituyeron por los propios obreros brigadas para mantener el orden y racionar los alimentos.

La autoridad militar notificó a los obreros que regresaran a la Pampa, pero ellos insistieron en dirigirse al Sur y se negaron a tratar sobre otras bases.

El 21 de Diciembre del año 1907 se rodeó la plaza y se concedió a los que allí estaban el plazo de 5 minutos para desalojarla. Cumplido este plazo se ordenó disparar, y un fuego de ametralladoras sobre una multitud compacta dejó en la plaza más de 2.000 muertos. Fué tal el apresuramiento en disparar que algunos soldados que notificaban la orden de desalojo en la Escuela murieron con las descargas. Sobre estos sucesos existe consenso unánime en todos los

que lo han relatado, y hemos tenido ocasión de recoger variados testimonios personales que corroboran el cálculo oficial de las víctimas.

El sólo relato de los hechos evita todo comentario sobre su atroz significado.

★ Después de un período de calma, provocado, entre otras causas, por la prosperidad que trajo la guerra, comenzó una nueva ola de agitación, a la cual no fué extraña la influencia de los trastornos del fin de la guerra y la Revolución Rusa. En diversos países hubo iguales acontecimientos y la República Argentina vivió la llamada Semana Trágica, en Enero de 1920, en Buenos Aires.

Igualmente trágicos y sangrientos fueron los sucesos de Puerto Natales en 1919, y de Magallanes en 1920, donde se produjeron persecuciones injustas y desproporcionadas a los hechos, que dieron origen a vejámenes, atropellos y muerte de numerosos obreros.

En los años 1918 y 1919 se organizaron en Santiago los "Meetings del Hambre", en que se luchaba por obtener trabajo y bajar el precio de las subsistencias. La agitación social llegó a un punto extremo que después no ha vuelto a repetirse. La Federación Obrera de Chile formó la llamada "Asamblea Obrera de Alimentación", que constituyó una especie de frente proletario, teniendo relevante participación en estos movimientos la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, dirigida entonces por Santiago Labarca, Juan Gandulfo y otros.

Es difícil imaginar a qué extremos se llegó para detener el avance popular y qué pasión tan intensa animaba a los propulsores de la política de represión.

La persecución engendra resistencias desesperadas y nunca faltan hombres con entereza para soportarla.

El Gobierno, que veía avanzar el movimiento obrero amparado ya por la acción política de algunos partidos, recurrió a todos los procedimientos. Sin duda que ésta es una de las etapas más oscuras por que haya atravesado el sen-

tido de la justicia en Chile y resulta paradójal el olvido silencioso que se ha tenido sobre una experiencia que debiera ser conocida.

Los procesos que, entre otros, incoara el juez Astorquiza, impresionaron profundamente la imaginación popular. Cientos de personas fueron apresadas con manifiesta violación de las más elementales garantías.

El trágico destino de Julio Rebosio, cuya prisión en condiciones inhumanas lo llevó al suicidio y la muerte del poeta José Domingo Gómez Rojas, que sufrió hasta trastornarse y que grabara en las paredes de la cárcel algunos versos, como Piedad y Miserere, antes de ser llevado a la Casa de Orates, donde debía fallecer al día siguiente de su reclusión, son ejemplos culminantes de cómo puede ser usada la justicia con la pretensión inútil de ahogar por el terror un movimiento social y político, que ya en esos años había adquirido tal madurez, que se traduciría en el triunfo de las nuevas tendencias que, por primera vez, enfrentarían a las fuerzas tradicionales, para derrotarlas y llevar a su representante a la Presidencia de la República.

El año 1920 estallaba una huelga carbonífera, que cubría Lota, Curanilahue, Coronel y Lebu, y que duró tres meses, y en los años siguientes se producían los dolorosos y sangrientos episodios de La Coruña y San Gregorio.

Es digno de meditarse el fondo del cuadro de nuestra historia, que se nos ha presentado.

Por un lado un Parlamento en que se eternizan los debates y surgen ingeniosas combinaciones que se suceden en un juego casi bizantino. El Ejecutivo inerte o dirigido por presidentes tranquilos y socarrones que satisfacen ampliamente a "la fronda"; la riqueza salitrera da para todo, aún cuando a veces perturben y molesten pasajeras crisis que interrumpen la vida elegante y maravillosa de una colonia refinada que vive en las grandes capitales europeas. El prestigio de Chile, democracia respetable, culmina en su centenario.

Por el otro, un pueblo que en 25 años jalona su historia con varios choques sangrientos y persecuciones increíbles y organiza un proletariado en que el odio social ha de dividir horizontalmente al país en dos clases casi extrañas.

Y en cada huelga, la misma petición de ayer y de hoy; bajar el costo de las subsistencias, mientras la desvalorización monetaria mantiene siempre la vida al nivel de la casi extrema necesidad.

Ricardo enunció la ley que Lasalle llamara de Bronce. Sin duda que en Chile ha tenido una amplia confirmación.

Estos movimientos proletarios, por otra parte, no respondían sólo a causas esporádicas o a estallidos de la desesperación que acarrea la miseria. Paralelamente, por una acción recíproca que genera los conflictos y que éstos precipitan a su vez, nace una organización obrera que cubre las zonas mineras, industriales y urbanas sin llegar, hasta ahora, a penetrar en el campo.

Entre los años 1897 a 1899 aparecen diversos periódicos de tendencias revolucionarias, inspirados en el anarco-sindicalismo, cuyos nombres hablan por sí solos: "El Acrata", "La Tromba", "La Campaña", "La Agitación" (1).

El año 1886, el diputado conservador don Francisco de Borja Echeverría, publicó un curioso libro titulado "Terrenos Fiscales y Colonización", en el cual critica la forma en que se están otorgando concesiones de tierras en el Sur, pues afirma que se han rematado extensiones, en un solo lote, de 50.000 has. Esto, dice, perpetúa el latifundio y el criterio de que una minoría posea toda la tierra en Chile. Recomienda, en cambio, el régimen de la pequeña propiedad, que, a su juicio, defenderá a Chile del comunismo que se extiende rápidamente entre las capas populares. Es interesante el testimonio, por ser de quién es y la previsión que refleja, aún cuando no sea de extrañar, porque el señor Echeverría en muchas materias, se adelantó a su época.

---

(1) Luis Sartori Alvarez.—*La Dialéctica y la interpretación del Movimiento Sindical Chileno.*

El 10 de Septiembre del año 1909 se fundó en Santiago la Federación Obrera de Chile, que vino a suceder a un anterior ensayo sindical iniciado por el año 1905, y que se denominó la Mancomunal Obrera.

Esta Federación se inspiró en sus años iniciales en un espíritu más asociacionista que propiamente sindical, y fué su intención colaborar a la acción del Estado.

De inmediato se atrajo la adhesión de diversos gremios, organizándose en Consejos Federales, Provinciales y Departamentales. (1).

Si revisamos su programa, veremos hasta qué punto ha evolucionado la ideología que orienta el sindicalismo en Chile.

Basta leer el texto de su primera declaración para comprenderlo. En él se consignaban aspiraciones relativas a Previsión social, Educación y Trabajo, y se definían las normas a que se someterían frente al capital y al Estado, normas que no podían ser más moderadas.

Decían sus estatutos en el Art. 1.º: “Intervenir amistosamente en los desacuerdos que se produzcan entre obreros y patronos, siempre que las causas sean justificadas; trabajar por la implantación de la jornada de ocho horas y del salario mínimo, siempre que éste sea suficiente para subvenir a las necesidades del hogar obrero”. Y en el Art. 11: “cultivar amistosamente relaciones con los Poderes Públicos y autoridades administrativas, encuadrándose al espíritu de los estatutos, a tal punto, que puedan ser consideradas acogidas y convertidas en leyes de la República, las ideas de bienestar hacia las clases trabajadoras”.

La Federación, que ejerció una poderosa influencia desde su fundación, en el curso de pocos años abandonó estos principios para adherir plenamente a la filosofía marxista, y hacer de la huelga el instrumento de combate de la clase trabajadora que, desilusionada en la búsqueda de pequeñas

---

(1) Oscar Alvarez Andrews.—*Apuntes históricos del Movimiento Sindical.*

conquistas de simple adelanto, quiere entonces modificar las bases mismas de la organización social.

Reflejo de esta nueva posición es la declaración de principios adoptada el año 1919:

“Defender la vida, la salud y los intereses morales y materiales de toda la clase trabajadora de ambos sexos; defender a los trabajadores de ambos sexos de la explotación patronal y comercial, de los abusos de jefes y autoridades y de toda forma de explotación y de opresión; proteger a sus afiliados en todos los actos que establezcan sus estatutos; fomentar el progreso de la instrucción y cultura de las clases trabajadoras, y conquistar la libertad efectiva económica y moral, política y social de la clase trabajadora, aboliendo el régimen capitalista, con su inaceptable sistema de organización industrial y comercial, que reduce a la esclavitud a la mayoría de la población”.

Dos años después, en el Congreso celebrado en Rancagua, adhería a la Internacional Comunista de Moscú y se organizaba sobre la base de Consejos Industriales. ✓

Es curioso anotar que por ese entonces, 1919, se organizaba en Chile una rama filial de la I. W. W. “Trabajadores Industriales del Mundo”, cuya central estaba en los Estados Unidos. Su inspiración anarco-sindicalista y activamente revolucionaria, logró influencia en los gremios marítimos y en algunos otros sectores muy reducidos. No era una novedad entre los medios obreros, pues, ya hemos señalado cómo a fines del pasado siglo estas ideas eran propagadas por diversos periódicos, que después se perpetúan en otros que se editan en Santiago y Valparaíso, como “La Revuelta” y “La Libertad”, “El Siglo XX” y “El Programa Social”.

Sin embargo, esta tendencia anarco-sindicalista no llegó a ser mayoritaria. Fué la Federación Obrera, adherida a la Internacional, la que terminó por agrupar la gran masa de trabajadores, y es allí también donde desarrolla su acción un dirigente que ha dejado una profunda huella en el mo-

vimiento obrero chileno, Luis Emilio Recabarren, figura de luchador que con iguales contornos no ha vuelto a surgir.

Macaulay Trevelyam, moderno investigador inglés, emprendió el estudio de la Historia Social de Inglaterra, pensando que hasta ahora hemos conocido en una desmesurada proporción el desarrollo de los acontecimientos políticos y, en parte considerable, la de los hechos económicos; pero aún permanece bastante inexplorado el campo de las instituciones sociales que forman la trama sobre la cual se desenvuelve la vida, la familia y el hogar, con sus costumbres y hábitos, los trajes y los utensilios, las diversiones y placeres, las formas de los cultivos, la pequeña existencia de las comunas.

Es un estudio sin duda apasionante: los hechos extraordinarios no son frecuentes y tal vez no turben ni modifiquen tanto la existencia de los hombres o sus instituciones. Esta visión detallada de lo que eran las gentes, de lo que les ocurría cada día, de cómo ocupaban su tiempo en el trabajo o en el descanso, de cómo pasaban en aquellas edades sus tranquilos días dominicales en las pequeñas aldeas, nos revela mejor la naturaleza humana y la evolución de la sociedad, en la que se entretajan tantas cosas del pasado, con las del presente, en que perdura lo viejo, junto a lo nuevo, sin que se proceda a separar las etapas en cortes bruscos y definitivos, ya que la vida al perdurar, cambia y se modifica, pero, en cierta manera, permanece siempre igual.

De imponderable interés sería realizar entre nosotros un proceso semejante y ver cómo una tranquila sociedad agraria y colonial salta en menos de treinta años a la complejidad dinámica de un mundo en que todo cambia tan rápidamente, desde las condiciones exteriores de la vida hasta la íntima conformación de los espíritus.

Seguramente sería necesario reflexionar sobre la característica específica de este hecho en nuestra conformación como nacionalidad que, por lo demás, es, en cierta forma, común en sus caracteres al resto de la América.

Las sociedades europeas habían vivido por etapas, y en un proceso continuado, en que la subsistencia de diversos planos es simultánea.

El industrialismo lo vieron nacer, conocieron sus primeros tanteos, su desarrollo, sus peligros y fracasos.

El dominio de la burguesía y la influencia de las masas maduraron a través de años. Comenzaron por conocer el socialismo romántico, los primeros utópicos y después a los doctrinarios llamados científicos. No llegaron de un extremo a otro, saltándose las etapas, cuya ausencia es siempre peligrosa.

En nuestro medio, el cambio llegó de manera súbita: la máquina y el proletario, la clase media intelectual y la urbe, aparecieron casi bruscamente. La primera huelga nace como con un gesto de asombro. Si todo había sido tan plácido y tan ordenado; si todos los debates se habían referido a problemas doctrinarios, sin penetrar en otra realidad, ¿cómo se justificaban esas protestas que debieron morir ante la fuerza?

Es que era en otra parte, en estas otras esferas, donde se estaban generando las transformaciones, mientras los partidos, en ese momento, vagaban como superestructuras sin consistencia, y habían de resucitar después del interregno dictatorial como dos bloques de izquierdas y derechas, en que el factor económico determinaría las posiciones políticas.

Por eso es necesario referirse al movimiento social, porque tras las apariencias del parlamentarismo y de su juego se puede ver ya, con la perspectiva de este tiempo, la densa, opaca y oscura corriente en que se estaba amasando el porvenir, que nunca se ha generado en la espumosa superficie.

Si la Historia es motivo de reflexión y experiencia, sería un digno tema de meditación y análisis esta evolución de un proletariado que, en pocos años, abandona un moderado mutualismo, para terminar adhiriendo a la Internacional Comunista.

Para algunos, éste sería el lógico resultado de un proceso dialéctico que fatalmente lleva al conflicto inevitable de dos clases orgánicamente antagónicas.

Para otros es también el resultado de haber abandonado al pueblo en su miseria, y exigirle periódicamente la entrega de una cuota de sangre, como símbolo de su protesta creciente.

En los grandes conflictos sociales, el pueblo ha estado casi siempre dirigido por hombres o partidos que corrían junto con él su suerte; lo organizaban para resistir o lo conducían al triunfo.

En esos primeros años, en los choques de Valparaíso, Santiago e Iquique, está el proletariado solo, sin dirigentes, sin parlamentarios, sin partidos.

Angel C. Espejo, escribiendo sobre el Partido Radical el año 1911, señalaba ya el desamparo del pueblo en estos conflictos. La protesta popular no tenía forma ni preparación, era inorgánica, estallaba espontáneamente.

Ninguna fuerza política ni espiritual acompañó a los trabajadores en las primeras horas de su marcha. Algunos esfuerzos de caridad no cubrieron el déficit de justicia, y es por eso que todo el movimiento obrero tomó un sentido uniformemente marxista, porque en los marxistas encontraron más tarde a quienes lo dirigieran.

En Bélgica, para no referir sino un solo ejemplo, el proletariado se dividió en dos tendencias: la cristiana y la marxista.

En Francia e Italia, los cristianos han realizado esfuerzos considerables.

El Partido Popular Italiano, acusado por los años 20 y 21 de extremista, fué la base en que se reconstituyó la Democracia Cristiana que, a la caída del Fascismo, ha prestado tan valiosos servicios.

Los Fabianos ingleses, por su parte, penetraron al socialismo laborista británico, de tendencias humanistas.

En Chile, ninguno de esos esfuerzos se realizó seriamente

y la única central sindical abrazó totalmente una posición revolucionaria, en que el comunismo había de predominar y la influencia que ello tenga en la futura evolución de los partidos y de la vida social chilena aún no pueden medirse. Es éste un proceso no terminado, sobre el cual todo juicio resulta prematuro.

*UN minuto  
de silencio!!!*

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA